

Del Liber 83
al Liber 84

Coordina:
Eduardo G. RICO

EL MUNDO EDITORIAL

ATRAVIESA UNA GRAVE CRISIS

Por Ramón SERRANO BALASCH

DE regreso a Barcelona, en el avión, leo en la Prensa varios comentarios sobre aciertos y conveniencia de la bien organizada Feria Liber 83. Una feria quizá modesta en visitantes, pero muy ordenada, vistosa, eficiente y, sobre todo, esperanzadora. Así se lo dije a Pancho Pérez González, presidente del comité organizador y de la Federación de Gremios de Editores, y al propio director general del Libro, Jaime Salinas. Y me alegra, porque Liber 83 ha puesto el dedo en la llaga en lo que algunos venimos diciendo hace años: hay unos cuantos temas acuciantes que resolver, algunos problemas urgentes que solucionar o la industria editorial española puede derrumbarse estrepitosamente: la crisis de la lectura, la crisis de la distribución y la crisis de los mercados de América.

Leo en la Prensa, entre otras cosas, una muy importante y sobre la que estoy llamando la atención desde hace un cierto tiempo: la necesidad de crear un Mercado Común del Libro con los países iberoamericanos (así lo propugnaba en mi artículo de «Cataluña Económica», diciembre 1982 y, en otro, en «La Vanguardia» de 4 de junio de 1983). Ahora José Manuel Gómez, del grupo editorial GSR o portavoces destacados del Grupo Interamericano de la Unión Internacional de Editores hablan ya de la necesidad de la libre circulación del libro en toda el área de lengua española, de unión aduanera, de acuerdo de pagos mediante trueque, etc. Un alentador comienzo que, entre todos, debemos llevar adelante de cara al Liber 84, que se celebrará el próximo año en Barcelona.

Decía que hay tres crisis importantes, casi esenciales, en nuestro mundo editorial, y que afecta de plano a su industria: la crisis de la lectura, la crisis de la estructura de las empresas y la ausencia, hasta hoy, de una política coherente, amplia y sugestiva, por parte de los poderes públicos hacia este sector. Voy a enumerar, simplemente, algunos de estos problemas, pues en su diagnóstico está implícito el antídoto.

La crisis de la lectura

En este sentido, no existe crisis por saturación de la demanda, ya que el libro es un producto cultural de consumo y variedad casi infinitos, pues cultura y literatura marchan parejos al acontecer de la humanidad. Lo que sí hay es, sobre todo, crisis cultural del español medio, que no ha asumido la civilización tecnológica en su más profundo sentido. Veamos algunas de las causas por las que no se lee lo suficiente:

1. Después de la guerra civil, y a causa de ella, atravesamos una larga etapa de desertización cultural, especialmente debida a una sublimación de otros valores no cultos, y porque éstos pasaron a ser casi un arma arrojadiza de la oposición y de todos los que defendían las libertades. Es la historia de siempre: tomen cualquier dictadura y verán a la cultura retroceder.

2. Cambios esenciales en la estructura del ocio: ahí, el primer puesto en las influencias de tal cambio recae sobre la televisión y, muy especialmente, en dos vertientes: a) por el tiempo que pasamos delante de la «caja tonta», como pasmados, tragándonos todo lo que nos echan; b) porque la televisión nos ha impuesto una escala de valores en la que los culturales suelen traducirse en un programa determinado sobre artes y letras, un reportaje sobre el festival de teatro o cine, un informe sobre problemas que acaecen «por el mundo», es decir, programas marginales a la programación dorsal de televisión. Lo cultural es un programa concreto, general-

mente un poco «rollo», no es una cualidad presente en la programación general. Además, Televisión Española ha exaltado, durante décadas, valores tontos y ñoños, elevándolos a una categoría nacional que da grima: competiciones discotequeras, concursos para memoriones tontos con regalos de coches, apartamentos y calabazas; reinos por un día; seriales embrutecedores y consumistas, festivales de canciones y ramplonas y crónicas sociales que sólo interesan a los que salen y a sus amigos. Televisión Española tiene una deuda pendiente ciertamente elevada con la cultura.

Si la televisión ocupa el primer puesto en este cambio de estructura del ocio, el segundo corresponde al necesario cambio de ubicación física: el concepto de «week end», el fin de semana que nos libera de las tensiones urbanas, del «stress», de la contaminación, del bosque de cemento, de la asfixia de la gran ciudad, de la ausencia de ejercicio físico, de la mentalidad de conductores que a todos nos envuelve. Salvo honrosas excepciones, en el fin de semana no se lee. Se pasea, se cultivan coles, flores, se juega a tenis o se hace «jogging», se toman copas y... se mira la tele.

Hay otros factores causantes del cambio del concepto de ocio, factores aparecidos como consecuencia del cambio tecnológico y del abigarramiento sociológico. Todo ello nos ha conducido a que seamos nosotros mismos, nuestra sociedad, a través de grupos, poderes e instituciones, quienes menos interesados estamos en acabar con la crisis de la lectura. Porque no estamos concienciados de la necesidad de una política cultural.

La crisis de la estructura de las empresas editoriales

La estructura económica y organizativa de las empresas editoriales ha permanecido, salvando honrosas excepciones, anclada en los tiempos de la radio y el tranvía. Pero hace unos años, muchas de estas empresas, para sobrevivir, tuvieron que imaginar nuevos sistemas de ventas, grandes operaciones de marketing, «booms» literarios artificiales, fabricaciones o versiones en «best sellers», en combinación con éxitos americanos, de películas, de escándalos... todo ha sido válido para vender... Y el resultado ha sido: a) deterioro de los valores culturales en la relación calidad-venta; b) dificultades para los nuevos valores que sólo encuentran editor salvando escollos inimaginables; c) concentración de la industria editorial en una docena de grandes, o algo más, debido a las inversiones que se necesitan, a los tipos de edición (fascículos con libro, con disco o con cassette; publicidad en televisión entre 25 y 40 millones de costo, o páginas enteras en la Prensa nacional, etc.); es decir, que se

vende cada vez más bien lo que se vende bien.

Hay dos problemas graves en la estructura del negocio editorial al margen de lo indicado: el problema comercial o de distribución y el de la estructura de los costes del libro. Del primero, diré sólo que si no se regula urgentemente el derecho de devolución de los libros de librerías, la actual inflación de títulos (21.000 en 1979; 25.000 en 1980; 28.000 en 1981; 32.000 en 1982 y, supongo que 35.000 para 1983) acabará en un grave desequilibrio en el mercado y con la vida de muchas empresas medianas, pequeñas y alguna que otra grande. Y esa inflación es debida a la necesidad de que los recursos financieros que produce el servicio de novedades es como un permanente crédito añadido que permite financiar la crisis de las ventas y el incremento de los costos y gastos generales, con el consiguiente aumento de las novedades que se necesita para neutralizar la devolución de ejemplares que se produce en cada servicio. Es la espiral de costes-aumento de costes-devoluciones-más novedades.

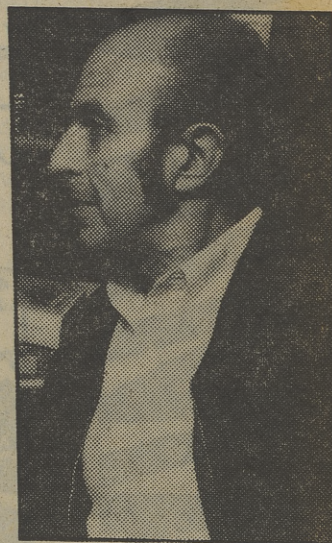
En cuanto a la estructura de los costos, para un editor mediano o pequeño, el precio de venta al público se distribuye así (por ejemplo, para una edición de 3.000 a 5.000 ejemplares): Coste industrial (material), 20 por 100; Coste comercial (distribuidor, o vendedores y librería), 55 por 100; gastos generales y publicidad, 10 por 100; derechos de autor, 10 por 100; total, 95 por 100; quedando un beneficio del 5 por 100 en el caso de que la edición se agote completamente. Por esta razón, el editor intenta arrancar un punto donde puede, en función de su habilidad y de su honradez. Creo que huelgan comentarios.

Ausencia de una política cultural coherente hacia el libro. Los esfuerzos que el actual equipo ministerial pueda hacer en favor del sector deberán solventar, en el cuatrienio, décadas de olvido y negligencia tomando medidas de muy altos vuelos. Medidas que acaben con algunas flagrantes ausencias u omisiones:

1. Insuficiente política de bibliotecas públicas, y muy especialmente, en lo que atañe a bibliotecas escolares y de instituto, a bibliotecas infantiles y a bibliotecas de barrio o itinerantes.
2. Ausencia de acción cultural para promocionar el hábito de lectura y consulta en la población escolar y universitaria.
3. Ausencia de contenido cultural en la programación general de RTVE.
4. Insuficiente política económica de incentivos, desgravaciones y otras protecciones cara al sector.
5. Falta de un plan especial interministerial para lograr acuerdos bilaterales o multilaterales con los países latinoamericanos, tanto de intercambios y pagos, como de protección de los mercados, para salvar nuestra exportación. Es lo que en esos días pasados del Liber se ha hablado como Mercado Común del Libro y cuyos aspectos posibles y necesarios voy a desarrollar en un próximo día.
6. Falta de un plan especial de cara al libro infantil.

Todo un diagnóstico complejo, de difícil resolución en época de crisis económica generalizada, pero en cuyo sector se cuenta con buenos profesionales y un ambiente propicio y esperanzador como el que a todos nos ha anunciado la celebración del Liber 83.

Urge practicar medidas drásticas



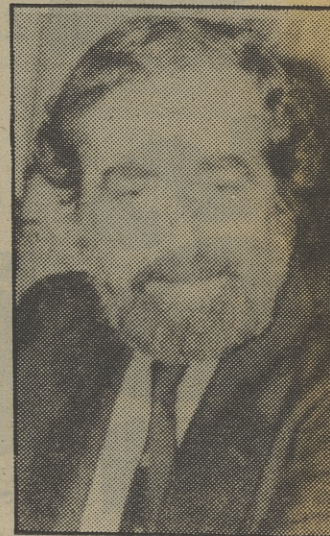
Jaime Salinas



Carlos Barral



José Manuel Lara



Adrián Piera

LOS DIEZ MANDAMIENTOS

El renegado

«Gonzalo Guerrero», de Eugenio Aguirre. Ed. Laia Eduvern.



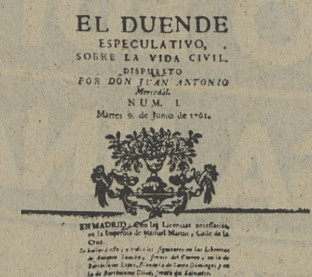
He aquí una curiosa novela histórica: se basa en la evocación del personaje real Gonzalo Guerrero, y de su mundo. Eugenio Aguirre, un mejicano de 1944 al que debemos obras de excepcional relevancia como «Jesucristo Pérez» y «Pajar de imaginación», recrea la historia de este singular aventurero, un «renegado», que al naufragar en 1511 en los bajos de los Alacranes y las Víboras se incorporó a un sistema de vida distinto del que procedía, y murió por él luchando contra los que habían sido sus hermanos de raza. El hecho de la conquista de América, con todos los procesos, destructivos y constructivos, que desarrolló, está presente en esta historia novelada, rica en datos y en aportaciones indispensables para comprender las culturas precolombinas. Esta obra ha conseguido la gran medalla de plata de la Academia Internacional de Lutece.

El nacimiento del periodismo

«Historia del periodismo en España», de María Dolores Sáiz. Alianza Universidad.

María Dolores Sáiz
Historia del periodismo en España

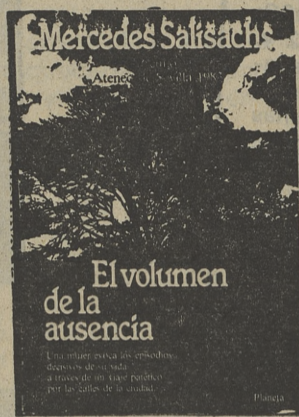
1. Los orígenes. El siglo XVIII
Alianza Universidad Textos



Decir que éste es un libro que hacía falta no es incurrir en un fácil tópico, sino subrayar una realidad. Se notaba entre los preocupados por el tema de la carencia de un estudio serio y riguroso sobre la historia primera de nuestro periodismo. El análisis histórico que se ha propuesto María Dolores Sáiz viene a cubrirla. Parte la autora de los precedentes del periodismo en España, los orígenes del periodismo impreso y su coexistencia con el manuscrito. Luego se adentra en la consideración de las «Gacetas» del siglo XVII para detenerse en la Prensa dieciochesca, su madurez y especialización, la vida y el pensamiento de Nipho, el periodismo profesional y, finalmente, el impacto de la revolución francesa en España, y la Prensa en provincias. Un libro indispensable para cuantos se preocupen por la problemática del periodismo en nuestro país.

Una evocación

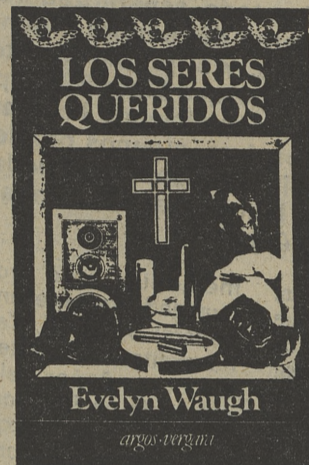
«El volumen de la ausencia», de Mercedes Salisachs. Editorial Planeta.



Mercedes Salisachs es una escritora catalana de 1916, con una variada y rica producción novelística. Ha ganado premios importantes —el Planeta y el Ciudad de Barcelona— y ha publicado novelas y relatos cortos que han conocido muchas ediciones. Quizá sea «La gangrena», que obtuvo el Planeta de 1975, su obra más difundida: de ella se han hecho ya veinte ediciones, y ha sido traducida a numerosos idiomas. Su última novela, ésta que hoy recogemos, ha obtenido el premio Ateneo de Sevilla. Se trata de una evocación de sensaciones y recuerdos, a partir de una situación-límite, cuyo dramatismo envuelve todo el relato. Estamos, en verdad, ante la obra de Salisachs más plenamente conseguida, por su expresividad y por la certera vinculación de lo exterior a un mundo interior desgarrado.

Un converso inglés

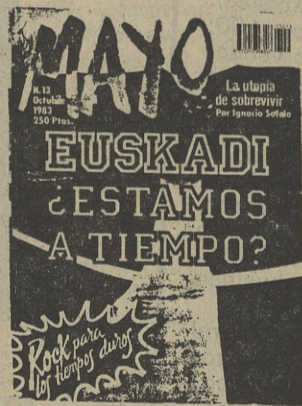
«Los seres queridos», de Evelyn Waugh. Argos Vergara.



Se conoce bien la biografía de Evelyn Waugh, el autor inglés nacido en 1903 y convertido al catolicismo en 1930. Murió en 1966. Nos ha legado una obra muy extensa de problemática específica, recorrida por la presencia de la tensión entre el amor y la muerte. Esta novela que ahora se publica en castellano constituye una buena muestra de su estilo y de su temática preferida. La realidad de Hollywood y su vacío destructor se plantean desde una perspectiva nueva, la de una industria establecida sobre la última ceremonia, la que cierra la vida de las personas: el negocio funerario. Una tremenda maquinaria, que el autor nos presenta patéticamente, con un estilo tremendista y el obsesionado espiritualismo que lo caracteriza.

¿Estamos a tiempo?

«Mayo», número 13, octubre de 1983. Director Carlos Elordi.



Un nuevo número de la revista «Mayo», que en su actual etapa dirige Carlos Elordi, y en la cual se conjugan temas políticos, ideológicos y económicos, con un aire de modernidad, si se nos autoriza a decirlo así. «Euzkadi, ¿estamos a tiempo?», es el título del trabajo inicial de esta diversa colección de artículos de variada problemática, trabajo debido al propio director de la publicación y a Peru Erroteta. El editorial de este número 13 expresa muy bien el espíritu de la revista: se enfoca el reciente drama de Euzkadi —el producido por la catástrofe natural— desde el punto de vista político, con la pregunta: ¿Queda aún tiempo para encarrilar el problema vasco? Para el redactor del editorial «el desastre ha sido un revulsivo político del que pueden surgir elementos esperanzadores de cara al futuro». Y termina: «Queda tiempo. Pero poco. Hay que aprovecharlo.»

Seductora Sagan

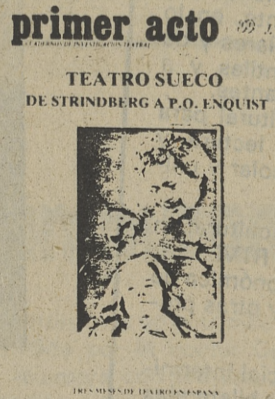
«El gigoló», de Françoise Sagan. Libros DB. Argos Vergara.



Once cuentos de Françoise Sagan, la de «Buenos días, tristeza». La Sagan ha vivido la terrible y peligrosa fiebre del éxito con su primera novela, pero ha podido soportarla, a veces con decaimientos, con irregularidad. Pocas escritoras tan admiradas y a la vez tan discutidas. Ha conocido una inmensa popularidad y después ha sido combatida con denuedo. Al final, su profesionalidad se ha impuesto sobre toda clase de obstáculos. Aquí tenemos una selección de sus relatos, poco conocidos entre nosotros. En ellos se dan las características que han confirmado la profesionalidad de la autora: su prosa seductora, su dominio sobre los pequeños hechos de la vida. Uno de estos cuentos, «Algunas lágrimas en el vino tinto», lo hemos publicado ya en estas páginas.

El teatro en el mundo

«Primer Acto», Cuadernos de Investigación Teatral. Número doble 199-200.



Bajo la dirección de José Monleón, la revista «Primer Acto», la publicación más consolidada y de más larga tradición de cuantas aparecen en nuestro país, ha conocido diversas etapas. En la actual destaca su mejor presentación y el mayor rigor que preside la selección de trabajos que recoge. En este nuevo número hay un estudio sobre el teatro sueco de gran calidad, orientado por Francisco J. Uriz, un hombre que vela por el mantenimiento y el fomento de las relaciones culturales entre Suecia y España. En la variada temática se incluye un texto importante, «La noche de las trébedas», de P. O. Enquist, estrenado aquí por el Lliure. Es muy valioso, asimismo, otro texto que aquí se recoge: «La valentía de matar», de Lars Noren. Y hay también en este «Primer Acto» una abundante información debida al propio Uriz.

Oteando el porvenir

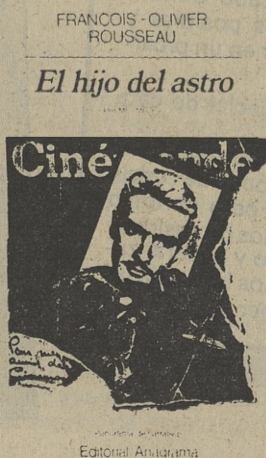
«Cuadernos del Norte», la literatura que viene. Revista de la Caja de Ahorros de Asturias.



Bajo el lema de «La literatura que viene», el último número de «Cuadernos del Norte» recoge una serie de trabajos, de muy diversa índole, cuya particularidad reside en la personalidad de los firmantes, todos ellos pertenecientes a una generación, si es permisible hoy servirse de este concepto, dispuesta a sustituir a la que hasta ahora ha ostentado el poder, por así decirlo, en el mundo de las letras. Aquí están presentes Francisco Umbral, Jorge Cela Trulock, Vicente Molina Foix, Juan Cruz, Carlos Paris, Ether Tusquets, Lourdes Ortiz, Alberto Cardín, Luis Antonio de Villena, Satué, Luis Fernández, Fernández Corugedo, etc. Heterogeneidad en los criterios, las posturas ideológicas, las actitudes estéticas. Homogeneidad en el planteamiento o la sugerencia de nuevas vías expresivas. Un excelente número.

La soledad humana

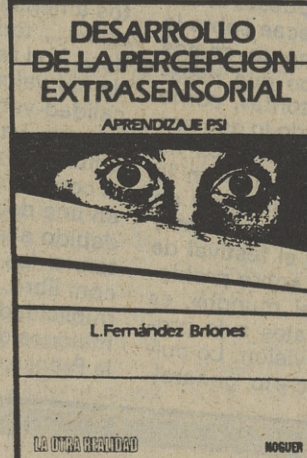
«El hijo del astro», de François Oliver Rousseau. Editorial Anagrama.



La teoría de la «muerte del padre», dentro de la línea freudiana, constituye un tema abordado incesantemente desde la novela sobre planteamientos de muy diverso signo. Pero esta obra de Oliver Rousseau no es una más que añadir a esa larga serie de reiterativas producciones. Su superioridad reside en la habilidad del autor para reconstruir sobre documentos de un aparentemente escaso valor, toda una vida hecha de contradicciones, sentimientos encontrados, la dialéctica del amor y del odio. También hay en ella una recuperación de la infancia realizada con extraordinaria brillantez y sin recursos truculentos. Oliver Rousseau domina la técnica de la escritura y es un periodista estacado del «Nouvel Observateur», revista en la que desarrolla la crítica literaria. Ha conseguido el premio Médicis de novela.

Técnicas de parapsicología

«Desarrollo de la percepción extrasensorial», de Luis Fernández Briones. Editorial Noguer.



Licenciado en Psicología y miembro de la Junta rectora de la Sociedad Española de Parapsicología, Luis Fernández Briones desarrolla en este libro las investigaciones realizadas en el campo de los fenómenos paranormales en un ámbito amplio que va desde las tribus primitivas a las tradiciones místicas y tendencias espiritualistas, y las coteja con sus propias investigaciones a lo largo de un texto intenso, cuyos primeros ocho capítulos están dedicados a estudiar las distintas técnicas existentes, mientras en los cuatro restantes el autor realiza una síntesis de las investigaciones, sistematizando las características del fenómeno paranormal. Luis Fernández propone una técnica «ideal», que considera la más adecuada para el «aprendizaje psi», a la vista de los trabajos científicos realizados y que avala con un exhaustivo análisis.

Homenaje al autor de "Las palabras"

LOS TEMAS DE ESTE TIEMPO

Sartre: de las mentiras, de las guerras

UN libro de Sartre es siempre un acontecimiento, sobre todo si ese libro se nos presenta como un manual de supervivencia. Quiero decir como un salvacundo a la cordura en medio del horror, la barbarie y el sinsentido; esto es, la guerra. Llega hasta mis manos, editado por Gallimard, «**Les carnets de la drôle de guerre**». Lo leo con fruición, como quien lee las memorias de un compañero de exilio escritas, pensadas, reflexionadas en el peor de los medios, en los momentos más atroces, en los instantes, me digo, menos propicios para iniciar un texto donde, cómo no, se aúnen literatura, ética, metafísica y descripción cuasi teatral de la personalidad. Que todo eso son estos «carnets» que nos llegan gracias a la recopilación que de los escritos ha hecho Arlette Elkain-Sartre. El libro nos presenta una colección de textos compuestos durante noviembre de 1939 a marzo de 1940, localizados, pues, en la movilización de Sartre en Alsacia. El lugar, también la circunstancia, recuerdan un poco la escritura azarosa del «Tractatus» de Wittgenstein, que tuvo su nacimiento en plena trincheras del 14 como anotaciones pasajeras, pero consistentes, que el filósofo iba realizando en sus cuadernos, casi, cómo llamarlos, de batalla.

El texto de Sartre tiene interés desde dos puntos de vista. En primer lugar, en él se nos ofrece una anticipación filosófica espléndida de la teoría de la voluntad, sustrato de una fenomenología de la conciencia que, como se sabe, constituirá la base filosófica necesaria para la creación del ser y la nada. Por otro lado, se nos invita a contemplar y pensar el cómo de la pasión filosófica, el porqué, pese a la guerra y a las más infrecuentes y adversas circunstancias, el filósofo sigue pensando; quizá porque en la barbarie y la oscuridad pensar, así como escribir, sean las únicas formas, si no de supervivencia, sí de dignidad y valor personal, al menos. La complicidad es algo infrecuente que algunos libros, como éste de Sartre, logran proporcionarnos cuando uno al fin piensa que las mentiras, las chuscas y ridículas mentiras del Poder no se dan, ni mucho menos, sólo en la guerra. El pensamiento, la filosofía nacen de un sentimiento de insufrible provisionalidad y miseria. Hay gentes para las cuales el mundo se hunde en cada momento, y de esa sensación de extremada pobreza obtienen fuerza suficiente como para construir un universo personal (importa poco la subjetividad del mismo) desde el cual reemplazar la tosca mentira de la realidad por la realidad, quizá algo menos tosca, de la inverosímil mentira. Decíamos, por otro lado, que el texto de Sartre plantea un primer esbozo de su teoría de la voluntad, relacionando ese concepto con la idea de percepción. La voluntad, apunta Sartre, no es en absoluto un acto de conciencia, ni mucho menos algo justificado a posteriori, como el supuesto teórico sobre el que la praxis tiene lugar. La voluntad es intencionalidad y trascendencia y, en ese sentido, es una estructura ontogenesológica de la realidad. Quiero en tanto en cuanto primero soy para querer, y quiero lo que soy. Es decir, la voluntad me constituye al constituirme como ejercicio no simbólico desde el cual es posible una recreación imaginativa del mundo. La conciencia, como bien señaló Husserl, es siempre conciencia de algo. El querer es, en consecuencia, siempre querer a/de algo, sabiendo que el propio querer, la voluntad, se representa dialécticamente como su propio objeto-sujeto. La voluntad es, pues, una nada que se objetiviza como proyecto y acontecimiento no real o probable, pero sí posible, y esa su posibilidad es la que otorga a su práctica su ser. Se es queriendo en la praxis la propia voluntad trascendida.

Pero Sartre quiso en estos «carnets» presentarnos algo más. El testimonio lúcido de un soldado cualquiera que ve en su movilización el mayor acto terrorista que un ser humano puede padecer, un desgarramiento de sí mismo, un embrutecimiento sin paliativos que sólo la actividad de la literatura puede sublimar. El mismo lo expresa con absoluta nitidez: «Pienso —nos dice—, de cuando en cuando, que para alcanzar la autenticidad es necesario que toda cosa se hunda.» ¿Cómo dar cuenta de un hombre en su totalidad? El texto marca el paso de la juventud de Sartre a una madurez filosófica, vertida tres años más tarde en el ser y la nada. Aparte estos «Carnets de la drôle de guerre», son un hermoso manifiesto de cómo el pensamiento puede no sucumbir a la barbarie. Por lo menos en esto estriba la esperanza, ingenua si se quiere, de aquellos para los que el mundo no tiene por qué construirse como arsenal, campo de exterminio o manicomico éticamente justificado y políticamente administrado.

JOAQUIN CALOMARDE

SARTRE, J. P. «Les carnets de drôle de guerre». Gallimard, Paris, 1983.



Jean Paul Sartre con Simone de Beauvoir: un modelo de relación

Una larga despedida

CUANDO en Francia acaba de salir «**Les carnets de la drôle de la guerre**», de Sartre, en España nos encontramos con la traducción en Edhasa de «**La ceremonia del adiós**» (editado por Gallimard en enero del 82), libros ambos que en distintas épocas nos hablan de la experiencia vital del filósofo desaparecido. Ocupémonos del segundo texto, novedad ahora en castellano.

La «**Ceremonia del adiós**» ocupa el trayecto de 1970 a 1980, deslizándose de la vida pública a la privada en una emoción contenida que a veces sobrecoge por lo ineluctable.

Sartre, mientras su arterioesclerosis se lo permitió, cumplió éticamente su labor de intelectual, en ese sentido tan francés que implicaba desde encerrarse en Nôtre Dame hasta vender «La cause du peuple» por las calles de París. La polémica entre el intelectual clásico y el «nuevo intelectual» venía de lejos. Decididamente el sabio de salón, conciencia colectiva pero delicadamente tamizada en el silencio de estudio, se había convertido en traidoramente deshonesto desde que Marx pronunciara aquello de que los filósofos habían hablado hasta ahora del mundo, hora era ya de transformarlo. El encontrar un verdadero estatuto popular fue la constante exigencia sartreana, lucha moral que inmoló primeramente su propio existencialismo sin lograr apagar la mala conciencia de creerse sin remedio un teórico de origen burgués. Por todo ello, su

relación con los maos era más una esperanza, un intento de perpetuarse en una paternidad ideológica que alumbrara a ese nuevo intelectual-militante, esperanza que se vio decepcionada cuando Víctor, su amigo y pupilo, sucumbió a ese viento de nuevo-judaísmo que ha hecho presa en algunos de los antiguos alevines del mayo del 68 (véanse por ejemplo los libros: «**El ángel**» de Lardreau y Jambet, «**El testamento de Dios**», de Levy, o «**El juicio imaginario**», de Finkielkraut, entre otros).

A lo largo de los últimos tiempos, su enfermedad iba adhiriendo a su cuerpo los rasgos del espectro y la tumba. Una desearía no haber tenido que leer las descripciones minuciosas de esa dramática progresión que hace a la muerte habitante de un hombre: ceguera, vértigos, pérdida de memoria... La reposada prosa de Simone se quiebra ante la visión de este Sartre niño-gigante que intenta olvidar su decrepitud, la niega o se retrae en un silencio que clausura el futuro, con una resolución que introduce sus dedos en unas cuencas irremediablemente vacías. El infierno son los otros, no poder verse, estar recluso, como su personaje de «**A puerta cerrada**», en las miradas de los demás, que lo celebran ya como un vetusto recuerdo. Las manos sucias descubren sobre sus dedos la arcilla de los días perdidos. Entre el Ser y la Nada un trayecto de conciencia deglute la náusea como el

horizonte perdido y reiterado. Y hasta que llegue el último recodo, seguir deambulando a ritmo quedo del cansancio por los que un Sartre más joven denominó caminos de la libertad.

Estos diez últimos años están colmados por sus intervenciones públicas, sus trabajos sobre Flaubert, los viajes, los amigos, las reuniones en Temps Modernes, los silencios y las visitas a los hospitales.

Sartre vive, como ha sido su costumbre, rodeado de mujeres: Arlette —su hija adoptiva—, Melina, Sylvie, Wanda, Simone... El seductor feo, inteligente y genial se convierte en el viejo testarudo al que hay que cuidar, que, no obstante, llega a su edad sin los chantajes, dominaciones y mentiras que la familia tradicional conlleva. Sus relaciones han cuajado en amistad y camaradería intelectual, y esto lo que perdura entre los cambios de apartamento, los viajes compartidos, el gúisqui que se oculta y el cigarrillo que se escamotea. A Sartre se le hizo el cuerpo viejo de repente, cuando acaso había tenido la sabiduría de llegar a tal sin ser —en el peor sentido de la palabra— adulto, y esa broma, señora fisiología, es imperdonable. Fiel, tierna y sólida es la relación que le une a Simone; sus manifestaciones a este respecto siempre han sido extremadamente discretas, tanto que quizá pudieran pecar de frialdad, y ciertamente muy poco esclarecedores y gratificantes para esas —varias ya— generaciones de intelectuales comprometidos que vieron en su pareja una enseñanza, una posibilidad y un testimonio. Ellos forman parte de toda una mitología generacional. Por toda esa historia tan poco proclive al sentimentalismo, las frases sueltas y las manifestaciones de Simone en su libro nos impactan con una ternura sosegada, profunda, y nos sentimos intrusos ante la mostración descarnada de dos vidas que para nosotros han sido siempre, meliorativamente, literatura.

Sartre, desmoronado, encallado en el puerto solitario de cualquier mar; Simone, en la distancia tremenda e infinita que separa a quien está junto al lecho de uno que parte, Sartre, de vuelta de ese trayecto común de medio siglo, cogiéndole la muñeca y diciendo: «Te quiero, mi pequeño castor...; realmente tú has sido una dulce esposa para mí.»

Frente a esto, sólo nos cabe seguir hilvanando nuestra mitología particular; no sabemos más de lo que Simone ha querido que sepamos, no debemos saber más.

Jean Paul Sartre nos observa desde las vitrinas de los departamentos, aupado sobre montones de tesis doctorales, incluido en los programas de COU, representando alguna que otra vez, entrañable en el fondo de todas aquellas adolescencias que no pudieron dejar de afrontar el reto de sentirse existencialistas.

Para todo eso y para nada murió Jean Paul Sartre, un día de abril de 1980 sus cenizas se depositaron en el cementerio de Montparnaso; la plana mayor de la intelectualidad francesa asistió a su entierro. Tras ello, por respeto, por curiosidad, por responsabilidad, Simone debían escribir este libro y nosotros leerlo.

ROSA MARIA RODRIGUEZ

«**Todos los premios literarios que cada año se otorgan están promovidos o respaldados por casas editoriales, salvo los oficiales. Planeta acaba de conceder los suyos —sin duda, los más elevados en dotación—, y pronto lo harán Anagrama, Tusquets y Destino. Se persiguen con ellos una doble finalidad: realizar una operación de prestigio y promover la difusión de una novela o de toda una colección. La inversión supone un anticipo sobre los derechos de autor.**»

«**Sin embargo, si el planteamiento se redujera a lo expuesto no se saldría del mundo de los intereses y los negocios. Hay más cosas, que se dan por añadidura: se crea una noticia, siempre fa-**

PREMIOS

EDUARDO G. RICO

«**dominios que quienes lo respaldan asignan al premio. De ahí que de ningún modo puedan primar o interferirse los estrechos intereses de una promoción, y que los jueces deban atender a esas otras repercusiones. No se trata de predicar moralina a los jurados o de formular una llamada de rigor en el juicio, sino de establecer una realidad que en un nivel productivo en crisis podría sufrir menoscabo o marginación ante otras urgentes exigencias. Por otra parte, existe el**

«**avorable para la salud de la literatura, porque atrae la atención de los indiferentes o los que viven ajenos al sistema de la producción cultural, y se vincula el nombre de un escritor o el título de una novela a una celebración o a una salud concreta. El hecho del premio trasciende en su repercusión el ámbito de la ganancia y se proyecta sobre otros no venales, fecundando la extensión de la cultura.**

«**La responsabilidad del jurado no se limita, pues, a los**

«**peligro de la mitificación de los premios. Se subvalorarían las novelas que «pierden», en una competencia por lo demás imposible. En el reciente Planeta, la novela de Olaizola ha ganado por un voto a la novela presentada por Fernando Quiñones, que, según nos consta, es de notable calidad. Dos novelas que responden a distintos esquemas en cuanto a gusto y estilo no pueden compararse entre sí. Es una debilidad insuperable de los premios. No los convirtamos en mitología. A la vista tenemos a nuestros mejores creadores: ni Cela, ni Goytisolo, ni Benet han necesitado recorrer esta vía. Y hay premiados a los que se ha beneficiado con un justísimo olvido.**

El sol se escapó por el horizonte de árboles; la luna, tenue aún, apenas blanca azulada, brincó con el primer ulular del lobo.

Por entre el cielo, hacia el infinito, corrían las nubes en jirones dispersos. La noche vino a pasito quedo hasta enturbiar los objetos más próximos. El abuelo levantó la cabeza, grande, fuerte, joven, como un hércules inmediato; giró los ojos a uno y otro lado y, despaciosamente, pensó que era la hora de regresar del trabajo en el campo a casa.

Agarra del suelo la azada —está el mango, del uso, brillante y limpio como la patena— y al ir a tomar la manta —algodón entrelazado duro como el cáñamo— volvió a oír el aullido del lobo, el segundo ulular largo y penetrante a la luna en el cielo. Por entre los recovecos del pecho sintió entrar profundamente la letanía aún lejana de aquel hambre clamando en lo más alto del monte.

Gredos se levanta imponente en el atardecer. Las crestas más altas, negras ahora, arrojan al llano la desesperación contenida en las vacías tripas de los cientos de lobos acorralados por las últimas nieves. El abuelo lo sabe, y por ello ata presuroso la manta, que se resiste en su tosquead. Cuando con la azada en ángulo, clavada en el hombro, mira al pueblo, allá abajo, diez kilómetros de pendientes azarosas entre barrancos y peñas, no puede menos de sentir que el tercer aullido de la horda le horada dentro, entre los pliegues infinitos donde se esconden revueltos el miedo y la temeridad.

No ha salido aún de la tierra que cultiva, árboles que delimitan diez mil cepas de rica uva, cuando adivina entre los riscos próximos los primeros escarceos de la astuta loba que viene comandando a la tribu. Está el cielo con estrellas y la luna brilla dando figuras que componen al movimiento del abuelo; aquél de la loba que juega al escondite trágico del hambre, y a todos y cada uno de los mil objetos inanimados que el estupor convierte en fantasmas. Intuye muy bien el abuelo que cuando aquella nube, apenas poco menos que un piélagos en el cielo, se interponga entre él y la luna, habrá comenzado la trágica danza.

No corre; el abuelo sabe que sería dar una ventaja peligrosa a los lobos. Si acelera el paso, y comienzan las sombras tragicómicas a gastar las primeras bromas, su destino podía quedar sentenciado. Despacio, desafiante siempre, con los ojos en los muchos ojos, comienza a andar.

Se ha metido el brazo por entre el algodón de la manta atada. Se ha descolgado la azada del hombro

para cogerla en toda su extensión por el mango. Cuando la nube, apenas menos que un piélagos, lame los primeros contornos de la luna blanca, escucha el fragor de un número indeterminado de animales que nerviosos hociquean a todo aquello que se mueve en la oscuridad.

De repente, el abuelo, que ha vuelto la cabeza más desafiante aún, joven, casi un hércules, se encuentra con los ojos amarillos, cruelmente amarillos, que relampaguean de astucia encima mismo de la peña próxima. Se han quedado los ojos de uno en el otro. El lobo se recorta contra los montes de Gredos;



El cuento de la semana

El lobo que aulló al hambre

JOSE LUIS MARTIN

amparado en la misma silueta de su sombra, hay un momento —acaso es un sueño del abuelo— en el que la cabeza, roja leonada, tras aullar a la luna, más arriba, en el cielo, se ha humillado y hasta le ha pasado por su irracionalidad de perro fiero volver grupas para luchar en otra guerra menos peligrosa.

Son siete. Lobo, loba, lobo, loba... Son siete estómagos inmensos, son carámbanos de frío con dientes tan amarillos que relampaguean cuando muerden y hacen jirones la negrura. La piel de la tripa parece gualdrapa de fofa, los hocicos puntiagudos son agujas de hambre y las orejas enhiestas embisten al mismo cielo, que no acaba de ponerse negro del todo.

La lucha, después de montada la estrategia, va a dar comienzo. El abuelo piensa que a la primera embestida dará con un lobo, o una loba, en tierra, y así sucede. La luna se hunde en el piélagos de la noche y ataca con feroz rugido la loba pequeña de pelo gris; apenas un hambre tan sólo que la sostiene. El abuelo la destripa con la punta de la azada. Ha sido un golpe seco, y el animal se ha quedado sorprendido con las tripas en el suelo. El abuelo ha visto cómo el macho, el más grande, ha ido a beberse la sangre, un hilillo entre rojo y amarillo de necesidad. La loba pequeña de pelo gris ha defendido sus entrañas mordiendo el hocico cruel. Se ha quedado pegada a una peña grande, con un rugido continuadamente sordo, esperando a que los pocos líquidos de dentro se le vayan despaciosamente fuera hasta dejarla seca. Aunque otro macho ha intentado morder las tripas de la loba, ésta se ha defendido como si en ello le fuera la misma vida que está perdiendo.

En este primer descon-

cierto, el abuelo se ha ido en una veloz carrera, tratando de ganar tiempo al silencio negro que cubre la luna. Han sido mil metros, acaso algo más.

Se le han perdido seis lobos, seis perros falderos asustados por el primer golpe de la azada. El abuelo ríe y mira atrás, escucha. Se ríe de nuevo sin levantar el menor murmullo. Después recapacita. El pueblo está más cerca, como a tiro de la honda de Polifemo. Sabe que no han abandonado, que el hambre es tanta como la desesperación, y sin dejar de correr, saltando de risco en risco, rompiendo los credidos matorrales con las rodillas heridas, aguja el oído hasta sentirles próximos de nuevo.

—¡Perros, malditos perros!

Están tan cerca que el insulto les ha fustigado en los negros hocicos. Son seis, los mismos seis que han recuperado el terreno perdido tras asumir en su instinto animal la muerte del compañero. El abuelo, ahora sin trabas, les grita su odio humano:

—¡Acercaos! ¡Venid! Os destriparé a todos. ¡Hijos de puta!

La loba grande quiere dejarle sin salida, y el abuelo vuelve a gritar; la voz raja el cielo, y la luna sale brillante. El abuelo busca dónde taparse las espaldas. Hay ocho kilómetros de pendiente y de carrera alada hasta llegar al pueblo. En

las primeras casas que se ven a lo lejos, casi un punto de luz entre la oscuridad, estará salvado.

—¡Putal! ¡Mala pécora! ¿Qué cojones quieres hacer? ¿Acaso crees que soy tonto? ¡Mal rayo te parta!

Ahora, posiblemente con el equilibrio perfecto entre el hambre que los devora y el miedo al azadón, los lobos se han vuelto más cautos, como más precavidos. Alargan la cabeza, en un vano intento de encontrar la carne del abuelo. La azada gira sin reposo de un lado a otro, como un aspa interminable de un gigantesco molino en el viento de la noche. La loba grande se ha agarrado con sus grandes colmillos al enfundado brazo del abuelo. El algodón de la manta, duro como esparto, ha resistido la tarascada. Por un momento, el abuelo, al intentar quitarse a la loba, la ha zarandeado como si de un lobezno se tratase. Están las fuerzas intactas, aunque el trabajo del día ha sido duro, afanándose desde las primeras luces de la mañana.

—¡Quita gualdrapa! ¡Tu puta madre...!

Ha aullado un lobo herido que ha visto venir sobre su lomo la azada sin poder hacer nada para remediar el golpe. Después de todo, tuvo suerte y tan sólo le ha levantado la piel por donde se le ensanchan dos labios sin carne.

—Seguirá en la lucha en cuanto se tome el primer

respiro —piensa el abuelo, más que dice.

Faltan aún cinco kilómetros; aún el pueblo próximo tan distante, y las mismas seis fieras de hambre corriendo tras el único bocado.

Ha llegado hasta una explanada abierta al viento de la noche, que ha comenzado a soplarle la cara. Casi redonda, la plaza tiene un diámetro de quinientos metros. Algo más, si acaso. Hasta ahora, los carriscales le han protegido de un ataque en masa. Ahora debe afrontar este medio kilómetro a pecho descubierto, sin más armas que una azada herida en cientos de sitios por mil colmillos y una

sangre que le viene caliente hasta los dedos. Quedan acaso dos kilómetros. Son sólo dos kilómetros y se ha quedado sin azada y sin brazo. Tiene un momento tan malo y tan fugaz como el tiempo que invierte en romper la soguilla que ata a la manta. Con ella desdoblada, y con sólo dos kilómetros hasta la primera luz del pueblo, ha comenzado a dar mantazos a diestro y siniestro. Con cada uno de ellos, ¡allá va un lobo!, acaso una loba, contra las peñas del pino camino.

Tiene apenas la luz en sus espaldas, y la loba pequeña, aquella que aulló a la luna cuando sintió en su lomo el duro golpe de la azada, lo sabe. También la horda entera, y se apresuran y se afanan, muertos en el hambre de una nieve que tardó tiempo en desaparecer de la montaña.

El abuelo, con un cansancio mortal, barre de sí el pensamiento de dejarse caer en la fatiga que le aplana. Ni siquiera ahora que ya ha comenzado a andar entre las primeras casas del pueblo termina la persecución. Por encima del miedo al hombre está el hambre mortal que les invade.

Grita, grita tanto que ya la voz no le sale de entre los labios. Tiene la boca tan seca y es tal el sudor en el cuerpo que se duele todo él al apoyarse contra el quicio de la primera puerta de la primera casa.

La manta, durante tantos kilómetros, como antes la azada, no han dejado de moverse. Por eso, cuando siente los brazos, los cree muertos, pesadamente extraños. De todos menos de él. Con la punta del pie golpea aquella primera puerta, una, dos, por tres veces. Dentro deben haberse cobijado bajo el inmenso edredón del sueño. Tiene que continuar con las espaldas pegadas a aquellas primeras casas sin dejar por ello de golpear con tan sólo aquel pingajo que una vez fuera manta de algodón dura como el esparto. Es un minuto más para vencer a aquella media rueda de dientes que le acosan.

—¡Marchaos, malditos, marchaos!

Y se van. Como si le hubieran comprendido. Calle arriba, sin prisa, husmeando el suelo como para encontrar la vida. El abuelo se ha dejado caer de rodillas y se ha tocado el brazo. La dentellada no es nada. Apenas un rasguño hondo que se inflama en la ponzoña de unos dientes crueles. Se sonríe y grita satisfecho, ahora sí, aunque nadie le oye:

—¡Les he vencido!
A la luna que se va a hundir en el piélagos de una noche estrellada le ha aullado un lobo, cabeza roja leonada, que se está muriendo en su propia hambre.

manta de donde le han sacado, estos mismos colmillos, las tripas de algodón.

El abuelo no lo duda. Dudar sería la derrota. Sale a cuerpo limpio y, como aspa ciclópica, maneja la azada describiendo un círculo de miedo y de muerte. En el centro de la explanada, la luna brilla más, y hay como un rastro de sangre que quisiera unir el piélagos, ya a la deriva, con este inmenso ojo de mirar redondo.

—¡Hijos de Satanás! ¡Malditos, malditos...!

Cuando ahora grita el abuelo, es para darse ánimos. Ya tiene cansado el brazo derecho de la constante brega. Resopla por boca y nariz como piafa un caballo en el esfuerzo. Ha salvado, al fin, la plaza blanca de la luna clara. Comienza el Güijo, un despeñadero con cortadas donde el peligro se aminora o se agranda, según la facilidad que el abuelo sepa dar a sus pasos. Le obsesiona la luz que se adivina a lo lejos y el matar. Matar a uno más de estos lobos, siquiera a uno más. Y repite:

—¡Siquiera a uno más!

Piensa a gritos; y a gritos y a mordiscos, si es preciso,

rechaza el acoso cada vez más apremiante, cada vez más insistente, cada vez más cercano. El lobo grande le ha puesto el hocico —lo siente húmedo y frío, aun cuando le quemó el pecho— por debajo de la barbilla.

—¡Venía al cuello, cabrón! ¡Qué lástima de carlanca!

La azada se le ha ido de entre las manos. Es igual que si un rayo le hubiera aventado la fuerza, del codo abajo, para dejarle muerta la mano.

No ha visto los dientes de hambre que se le han clavado en la carne del bíceps. Tampoco siente la



José Luis Martín

Periodista y escritor, José Luis Martín —que ha desempeñado el cargo de redactor jefe de la sección económica de este periódico y ahora es jefe del Gabinete de Prensa de la Dirección General de Correos— ha destacado por la originalidad de sus narraciones cortas, escritas en una línea realista y a la vez poética, de una extraordinaria reciedumbre. Este cuento pertenece a su próximo libro.

PUEBLO

Cada día, un suplemento



Mañana, miércoles...



TOROS

Coordinado por Manuel F. MULES